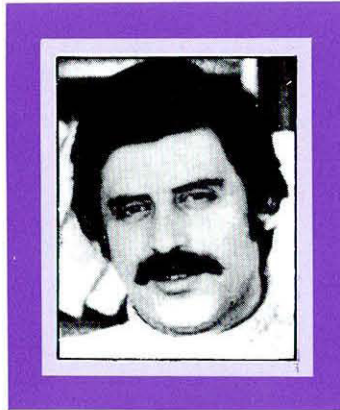


El Día sin Libros

FERNANDO PARIENTE



Estamos en plena Semana de la Prensa en la Escuela. Pasado mañana, viernes, se celebra el «Día con Periódicos y sin Libros». Es esta su tercera edición, aunque el impulso de aquel primer año haya perdido parte de su fuerza y las autoridades académicas se limiten a señalar la fecha en el calendario. Sin embargo, incluso ese pequeño esfuer-

zo resulta significativo porque sigue siendo pionero: en España, sólo la Comunidad Autónoma Gallega celebra oficialmente esta Semana, que, por otra parte, es tradicional en la mayor parte de los países de nuestro entorno. ¡Bienvenida sea, por tanto... y bienvenido sea el día escolar sin libros de texto!

No todo el mundo aplaude la idea de celebrar un día escolar sin libros... Hasta escándalos ha suscitado, en nombre de la defensa de la cultura. En tiempos tan duros para el libro, empeñado en arduas batallas contra la imagen, a alguien le parece un desafortunado despropósito el lema propuesto para ese día especial. Por eso debe ser oportuno recordar aquí que los inventores de la criatura fueron, además de los editores de prensa, la Asociación de Lectores de los Estados Unidos, que la consideró una buena estrategia para mejorar hábitos de lectura. Claro que siempre conviene también aclarar que, en ámbitos escolares, hablar de libros es lo mismo que hablar de textos y un día sin libros no es más que un día con clases sin manuales ni libros de texto.

El libro de texto puede ser magnífico —eso no lo voy a dudar— sólo le echo en cara que sea único, solitario... y, a fuer de imprescindible, se convierta en sagrado. Los niños tienen la idea de que sólo están estudiando y aprendiendo cuando tienen entre sus manos uno de esos artefactos. Eso es lo que no es tolerable.

Anoche, Andrea, que es mi hija de 11 años y de 5.º de E.G.B., hacía sus tareas de casa, cómo no, contestando ejercicios de un libro de texto de Lengua Castellana. Era ya tarde y me llamó a su habitación; estaba llorando porque no podía terminar su trabajo y reclamaba mi ayuda para contestar un ejercicio imposible.

—Vamos a ver —le dije— ¿qué es eso imposible?

—Tengo que buscar en el diccionario diez palabras llanas que no acaben en vocal, ni en «n», ni en «s» y, por lo tanto lleven tilde.

—¡Chupao, Andrea! Abre el diccionario y busca.

—Pero, papá, llevo más de una hora y sólo tengo siete...

Y yo, lleno de razón y desparpajo cogí el diccionario y empecé a recorrer columnas con mi dedo índice... y pasé hojas... y hojas... y hojas. Salté de la «M» a la «R», de la «R» a la «C»... a la «D»... Desesperante.

Obviamente localizamos las tres dichosas palabras que faltaban. Entre hipo e hipo, Andrea decía: «¿Ves?» Vaya que si veía...

Esta mañana cogí un diccionario escolar y me entregué a la estupidez de una comprobación científica: empecé por la «A» y busqué las diez primeras palabras llanas, no terminadas en vocal, ni en «n», ni en «s» que apareciesen. No medí el tiempo que tardé en realizar tan ardua prueba, pero necesité recorrer concienzudamente cuarenta páginas, de dos columnas por página, para coleccionar este brillante elenco de palabras llanas, no terminadas en vocal, ni en «n», ni en «s»: accésit, acíbar, albéitar, álbum, alcázar, alféizar, alférez, aljófara, almíbar y almófar. Me felicité de que los árabes dejaran su huella evidente en el castellano, porque de lo contrario me hubiera visto obligado a recorrer cerca de un centenar de páginas. Lamento carecer ya de espacio para poder explicar al lector el significado de cada una de esas palabras.

Los libros de texto son maravillosos recursos para aprender, pero, a veces, conviene poder pasar algo de ellos para buscar otros instrumentos más vivos, más actuales. ¿No se lo hubiera pasado mejor Andrea buscando palabras llanas en la página del periódico que comentaba la última serie japonesa de dibujos animados?

El Día sin Libros sirve para recordarnos eso y con ello estaría ya justificado.

Pero además puede servir para otra cosa no menos importante, aunque reconozco que algo personal. Todos los días, cuando salgo hacia el trabajo a las ocho de la madrugada, me cruzo en mi camino con dos muchachitas uniformadas que rondan la pubertad y se dirigen bastante animosas, eso parece al menos, hacia su colegio. Charlan, gesticulan... y arrastran un carrito con ruedas, parecido a los que usan las amas de casa para hacer la compra, cargado de libros y cuadernos...

Me gustaría verlas pasar, al menos un día, más ligeras de equipaje.